por un alto ideal. Ni el tremendo castigo que impone el aislamiento de la celda solitaria ha conseguido impedir que dos personas necesitadas se comuniquen.

Por esto, y a despecho de que se me tilde de parcial, creo que la soledad tiene un origen espiritual. Dios creó al hombre para que estuviera acompañado, feliz, por la eternidad. Unicamente un poder destructivo como el pecado pudo quebrar esa profunda relación entre el Creador y la criatura, y al hacerlo, el hombre se sintió desamparado, solo.

Nadie ha logrado expresar mejor que el salmista la angustia que se forja en esa soledad del pecado, y en su aflicción derrama ante Dios su lamento:

"Jehová, escucha mi oración. . .
no escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia;
inclina a mí tu oído. . .
Porque mis días se han consumido como humo,
y mis huesos como tizón están quemados.
Mi corazón está herido, y seco como la hierba,
por lo cual me olvido de comer mi pan. . .
mis huesos se han pegado a mi carne. . .
Soy como el búho de las soledades. . .
Como el pájaro solitario sobre el tejado" (Salmos 102: 1-7).

¿Acaso sentiste alguna vez esta sensación, cuando el alma está sumida en una angustia tan profunda que no puede ver más allá de sus propios problemas y limitaciones? A veces, como autodefensa nos separamos también de nuestros amigos y familiares y cerramos así el círculo en torno de nosotros: nos quedamos solos.

Jesús, la figura central de la historia universal, dijo a sus discípulos: "He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (S. Juan 16: 32). Jesús el Profeta, el Sanador, el Predicador, el Maestro. Sí, el mismo Creador sería abandonado por sus criaturas. ¡Qué tristeza habrá embargado a Jesús en ese momento! Sus discípulos tan queridos lo dejarían solo. . .

No me cabe la menor duda de que en aquella ocasión el Maestro se sintió tocado por la situación, pero no permitió que ésta se transformara en soledad. Inmediatamente elevó su mente hacia el Padre: "Mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo".

Quisiera que por un instante abandonaras tus prejuicios, y libre de todo apasionamiento abrieras tu corazón, como si esta fuese una charla entre amigos. . . ¿Te sientes realmente solo? No, no lo digas en voz alta, solamente piensa si por algún motivo te has aislado voluntaria o involuntariamente de los que te rodean. ¿Estás amargado porque tus problemas te han abrumado o porque tus amigos te han defraudado? Si sientes esa angustia justificada, pero aparentemente insoluble por los medios lógicos que tienes a tu alcance, te invito a que ensayes la solución que te brinda Jesús: "Porque el Padre está conmigo".

Sí, el Padre, nuestro Padre que está en los cielos, pero que también está aquí, junto a ti, aunque no lo puedas palpar ni ver, pero que es todopoderoso y puede levantar tu espíritu hasta su misma presencia. El, el Altísimo, es también tu Amigo.

Sé que no es un experimento fácil de realizar, deberás dejar tus preconceptos y volcar tu voluntad en las manos de Dios con toda la confianza que te sea posible. Sólo entonces experimentarás lo que Cristo quiso decir, sólo entonces verás que el Padre está más próximo a ti de lo que creías.

Si experimentas esta nueva relación a pesar de que nadie comparta tu ambiente físico y estés abrumado por tus problemas y angustias, te sentirás plenamente acompañado (definitivamente y en la mejor de las maneras) por tu Padre celestial.

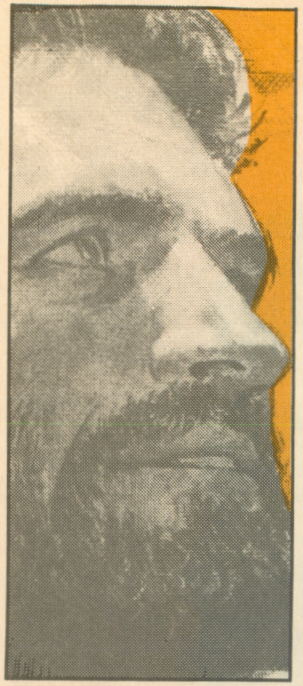
Jesús, quien murió para que tuvieras vida, te dice: "No te sientas solo, yo estoy contigo todos los días, hasta el fin del mundo". ○

El Cristo que me Agrada Recordar

Juan Carlos Viera

LA IMAGEN del Cristo pendiente de la cruz, o del niño de Belén sobre el pesebre, son familiares para todos los cristianos. Está bien que así sea. Después de todo, el nacimiento de nuestro Señor representa la mayor muestra de amor de la Divinidad hacia la humanidad caída, y su muerte, el mayor don al cual los seres humanos pecadores podamos aspirar: la vida eterna.

Pero la vida de Jesús es mucho más que su nacimiento y su muerte. Ya lo expresaba muy bien el apóstol San Pablo cuando declaraba que "si siendo enemigos, fuimos reconciliados con



Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Romanos 5: 10). La vida de Jesús, entonces, se torna en el modelo ideal, el retrato perfecto, el *summun* al cual puede aspirar cualquier ser humano.

Mi Héroe Favorito

Todo ser humano se forja sus propios héroes. Cuando niños, idealizamos de tal manera a nuestros respectivos padres que pocas veces encontramos un hombre suficientemente fuerte para vencerlo, o una mujer suficientemente hermosa o buena como para empalidecer la imagen de nuestra madre.

En la adolescencia y la juventud se encuentran otros héroes que, en la mayoría de los casos, suplantan a nuestros progenitores. Un astro del deporte, una estrella del cine o la televisión, muchas veces ocupan ese lugar de privilegio en nuestras mentes y corazones. Se ha visto, sin embargo que, con el paso de los años y la desaparición de alguno de nuestros seres más queridos, éstos recuperan su sitial de héroes en nuestra vida.

Pero hoy quiero presentarles a ese héroe de carácter permanente que ni el paso de los años ni la actualización de los conocimientos puede desmerecer.

El Cristo Sabio

Siendo niño me fascinaba tratar de imaginar los rostros de los personajes bíblicos. Aún hoy puedo imaginar los rostros de incredulidad, sorpresa, asombro y finalmente admiración de los escribas y fariseos que escucharon a Jesús hablar de temas profundos. . . ¡a los doce años de edad!

Los evangelios nos dicen que "todos los que le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas" (S. Lucas 2: 47). Su admiración se fundaba en el hecho de que los niños de la edad de Cristo sólo habían recibido en la sinagoga los más elementales trazos del conocimiento religioso. Por lo tanto su sorpresa no tenía límites, frente a respuestas que ellos mismos, con todo su estudio, no estaban en condiciones de dar.

Pero si los rostros de los escribas denotaban admiración, ¿nos podemos imaginar la sorpresa que habrán expresado José y la Virgen María cuando en respuesta a su velado reproche: "Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia" (vers. 48), Jesús les declaró: "¿Por qué me buscabais? ¿no sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" (vers. 49).

Esta respuesta es una clara indicación de que —a los doce años— el Señor estaba en condiciones de definir su vocación, su pasado y su futuro. ¡No es extraño entonces que produjera verdadera sorpresa y admiración en sus propios progenitores!

Siendo joven, más de una vez he admirado el extraordinario conocimiento bíblico que le permitió a Jesús tener a flor de labios una respuesta para las malas insinuaciones del enemigo. Detrás de cada "escrito está" había estudio y memoria. ¿Cómo pasaríamos un examen similar al suyo?

Solo en la multitud

Guillermo Durán

La soledad nace y muere en nosotros mismos

En este mundo superpoblado en el que vivimos, hay mucha gente que se siente sola. Hay quienes viven solos, aislados de los centros poblados; pero lo curioso es que también se siente solo el anciano que desde el banco de una plaza mira cómo pasan cientos de personas cada hora; se siente sola la mujer que camina por la calle peatonal tan atestada de gente que es casi imposible dar un paso sin chocar con alguien; se siente solo el padre que está rodeado de hijos; se siente sola la joven que vive en el seno de una gran familia; y también el que escucha una clase en un aula cuya capacidad está colmada.

La soledad es mucho más que una situación, es un estado de ánimo relacionado íntimamente con nuestra concepción de la vida. Para poder sentirse solo se debe estar aislado mental y físicamente de los demás. Podemos reconocer que la sociedad llega a aislar a ciertos individuos, a incapacitarlos para comunicarse con el resto de sus vecinos, a restarles las oportunidades de expresarse. También puede haber problemas mentales, psicológicos, que impidan o interrumpan esa comunicación.

Sin embargo, todas estas formas de incomunicación pueden ser superadas por los seres que están imbuidos de un espíritu superior. Hellen Keller pudo vencer las aparentemente infranqueables barreras físicas, al igual que muchos discapacitados lo hacen hoy. También hay enfermedades mentales que ceden ante el empuje de un espíritu impulsado

Aquí tenemos una pequeña prueba. Sin buscar en la Biblia y sin usar más de treinta segundos en cada frase, ¿qué respuesta bíblica daríamos a las siguientes insinuaciones?

1. Una invitación a participar de una "fiesta" inmoral.

Resp. .....

.....

2. El ofrecimiento de una copa con un "trago" de una bebida alcohólica.

Resp. .....

.....

3. La información acerca de un examen que se rendirá durante el día de reposo, o atender un compromiso cualquiera en lugar de asistir al acostumbrado servicio religioso semanal.

Resp. .....

.....

Si nuestras respuestas no llegaron a tiempo a la mente, es posible que necesitemos emular más a Jesús en su conocimiento de las Escrituras.

Ahora que soy predicador del Evangelio, que dejé de ser niño y que, muy a pesar mío, los jóvenes puedan considerarme "viejo" (tengo 44 años de edad), todavía sigo teniendo como mi héroe favorito a Jesús. Y la razón es muy sencilla. Como predicador, Cristo arrancaba las más extraordinarias muestras de admiración. Después de concluir su famoso Sermón del Monte, el evangelio nos recuerda que "la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (S. Mateo 7: 28, 29).

La autoridad literaria es el blanco de todo escritor y todo predicador. Aquellos que no hacen otra cosa sino "copiar" las ideas de otros, muestran que les falta profundidad. Pero Cristo provocaba admiración por su conocimiento y mensaje auténticos. ¡Con toda razón el Cristo sabio puede seguir siendo el ideal de oradores y escritores del siglo XX!

EL Cristo Persona y no Personaje

Desde que comencé a pensar en la preparación de este artículo, hasta su terminación, he debido recorrer centenares de kilómetros en automóvil para cumplir con algunas responsabilidades de mi profesión. Hasta he tenido que utilizar tres veces el avión, una de las cuales me llevó a más de 10.000 km de distancia. . . ¡en unas doce horas! Siendo que Jesús durante toda su vida no viajó más lejos que unos 500 km del lugar de su nacimiento, ¿cómo puede ser mi héroe favorito en relación con hombres que viajan miles de kilómetros por mes para resolver los problemas del mundo?

Es que Jesús sabía perfectamente que para solucionar los problemas del mundo sólo había que viajar. . . ¡al corazón del hombre! Y esto lo hacía todos los días en el lugar donde estaba. Su preocupación por el individuo lo hacía dedicar horas enteras al auditorio de una sola alma.

Hubo ocasiones cuando caminó cerca de treinta kilómetros en un solo día, para encontrarse con una persona que El sabía que estaba en necesidad. Algunas de las frases más hermosas del mensaje de Cristo fueron dichas a una sola persona, como aquella que fuera pronunciada ante

Nicodemo y que ha pasado a ser considerada una especie de síntesis del Evangelio: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3: 16).

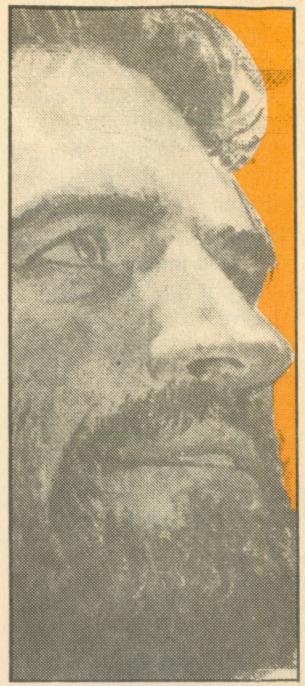
En esta era de la cibernética, cuando cada individuo es sólo un número en alguna computadora; cuando las estadísticas hablan de miles de millones de habitantes, es bueno recordar que esas inmensas cifras corresponden a individuos, cada uno de los cuales tiene un corazón que sufre y goza; un individuo que necesita del contacto personal para sentirse otra vez un ser humano. Los Nicodemos, las Marías Magdalenas, los Lázaros actuales, necesitan ahora como entonces de hombres y mujeres que no sólo sientan simpatía sino empatía; la virtud de ponerse en el lugar de los demás y sentir como ellos, como lo hacía Jesús.

El Cristo Compasivo

La misión de Cristo era de carácter universal: salvar al mundo. Tal vocación podría haberlo justificado para no perder tiempo en "pequeñeces". Así lo entendieron varias veces los discípulos, quienes, por ejemplo, reprendieron a las madres que deseaban presentar sus niños al Maestro. Perder tiempo con los niños era una especie de "desperdicio" dentro de la ocupada agenda de Jesús. Pero Cristo, quien sabía cuánto representaba para una madre y su hijo que El los bendijese les contestó: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos" (S. Mateo 19: 14).

En otra ocasión, mientras una multitud lo acompañaba en la entrada a una ciudad, se detuvo para presenciar un sepelio. El rostro sin esperanza de esa viuda que iba a enterrar a su único hijo y sustento, le hizo olvidar el programa preparado para esa ciudad. Su corazón se unía inmediatamente con el sufriente. "No llores" le dijo Jesús a la mujer. Y acto seguido devolvió la vida al joven fallecido.

Probablemente el incidente que pinta a Jesús de cuerpo entero en su compasión por las almas fue descripto por los evangelistas al recordar un hecho fuera de toda lógica. Cristo caminaba apretujado por una multitud que lo seguía. En medio de los forcejeos propios de un movimiento masivo, Jesús pregunta: "¿Quién es el que me ha tocado?" La sorpresa de los discípulos fue mayúscula: "Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices: ¿quién es el que me ha tocado?" (S. Lucas 8: 45). Pero Jesús



era consciente que alguien necesitado de ayuda había tocado su manto. Se detuvo, y una pobre mujer enferma "confesó" su acción. La respuesta de Cristo está llena de compasión: "Hija, tu fe te ha salvado, vé en paz" (vers. 48).

No sé si porque vivimos en un tiempo donde cada cual vive para sí, preocupado egoístamente en sus cosas, es que me resulta tan atractiva la actitud del Señor hacia los otros. Pero sea como fuere, siento grandes deseos de emularlo, de ser como El. Me agrada recordarlo en su trato con los demás. Y mientras lo contemplo, más deseos tengo de parecerme a mi héroe favorito. ¿No te ocurre a ti lo mismo, querido lector? ○

rios, sino a la libertad de conciencia, de pensamiento, de palabra, de prensa, de educación, de comercio, etc., es decir a las libertades que se hallan consagradas en la actualidad en las constituciones de todas las naciones civilizadas y progresistas, y que constituyen, por su esencia, derechos humanos básicos e inalienables. Cualquier organismo que de una u otra manera atente contra ellas, en realidad está ofendiendo a la humanidad entera.

Pero esa libertad multifacética, precisamente por serlo, tiene limitaciones autoimpuestas. Dicho de otro modo, mi libertad termina precisamente donde comienza la libertad de mi vecino. Un joven, por ejemplo, puede pensar, de acuerdo con Cohn-Bendit, que tiene derecho a vivir sin trabajar, a vestirse sólo con un chaleco y un *bluejean* arremangado, a no cortarse el cabello ni a afeitarse, a no bañarse ni por prescripción médica, y a caminar por las calles escoltado por una nube de moscas atraídas por los aromas que despide su organismo; pero el tal joven podrá observar en ese caso que la gente le cede el paso, no por respeto a su "libertad", sino sencillamente porque su olfato y el de las moscas funcionan en diferentes longitudes de onda, por así decirlo, y por lo tanto su presencia resulta por demás ofensiva, pues ha invadido la libertad del prójimo de caminar por las calles sin tener que soportar olores apestosos. La libertad de este joven no es genuina: es un abuso de la libertad y por lo tanto es una falsificación de ella.

También ha habido jóvenes –y los sigue habiendo– que creen que su "libertad" les da derecho a imponer sus ideas acerca de la política, la economía y la sociedad, con bombas, granadas, metralletas, asaltos de bancos, secuestros para pedir rescate y demás. De lo que no se enteraron, al parecer, es que la libertad de conciencia y de pensamiento no da derecho para robar, destruir la propiedad ajena, ejercer chantaje y finalmente asesinar a sangre fría. Esa "libertad" es monstruosa; es una caricatura fantasmal de la verdadera libertad; es una desviación incalificable.

Vamos a referirnos a un aspecto capital de la verdadera libertad. Es mucho más profunda que un mero asentimiento intelectual o una actitud filosófica más o menos definida. Sus raíces se hunden en el fértil terreno de la ética y, más aun, de la espiritualidad cristiana cuya esencia es el amor. Si entendemos por amor la actitud del que sistemáticamente se olvida de sí mismo para pensar siempre primero en los demás, es decir, en el bienestar y la felicidad de los otros, no nos resultará difícil llegar a la conclusión de que quien así piense jamás usará sus ideales de libertad para causar el menor daño a nadie, y siempre se detendrá reverente junto a la línea sutil, pero clara y definida, donde comienza la libertad del prójimo.

Nuestro Señor Jesucristo vino a este mundo a hacer una verdadera revolución. Su doctrina, cuando se la aplica a las vidas individuales y a la sociedad, produce un cambio revolucionario, sin duda alguna. Pero jamás fue ni guerrillero ni *hippie*. El arma más contundente que tuvo en la mano fue un azote de cuerdas que, de paso, tampoco usó. Y era escrupulosamente limpio: los soldados romanos echaron suerte para quedarse con su túnica, prueba de que no se trataba de harapos.

La libertad enseñada por Jesús es la libertad del pecado, de la violación inconsciente o deliberada de la santa Ley de Dios, y esa libertad es la fuente y el fundamento de todas las otras a que nos hemos referido, y que constituyen los derechos humanos. Jesús sintetizó su enseñanza al respecto de la siguiente manera: "Así que, si el Hijo [Jesucristo] os libertare, seréis verdaderamente libres" (S. Juan 8: 36).

Busquemos la libertad que sólo Cristo puede dar. Entonces podremos decir con plena convicción: ¡VIVA LA LIBERTAD! Así, con mayúscula. ○

ral, sino que ponían en evidencia su rabia con manifestaciones de todo tipo, que iban desde la reunión callejera hasta las bombas molotov, pasando por el saqueo de vidrieras y negocios, la quema de autos, y verdaderas batallas campales con las fuerzas del orden, en medio de un estrambótico intercambio de adoquines por bombas lacrimógenas. A los pocos días, una multitud de obreros se había plegado a los estudiantes de tal modo que el edificio social comenzó a resquebrajarse literalmente ante los ojos atónitos, no sólo de Francia, sino del mundo entero.

Los días cruciales fueron el 29 y 30 de mayo de 1968. Durante esos días aparentemente el país quedó sin presidente. Algún tiempo después se supo que en el curso de esas jornadas de Gaulle había estado en Alemania, conferenciando con los jefes de las fuerzas francesas de ocupación, para obtener de ellos la promesa de que actuarían para apoyarlo en caso de que ocurriera lo peor y, logrado ese compromiso, regresó para dar un discurso de apenas cuatro minutos, en el cual presentó al país las medidas que estaba dispuesto a tomar para poner fin a las depredaciones.

Poco después una multitud impresionante de gente de todas las edades, de todas las clases y de todo el país se dio cita para recorrer silenciosamente las calles de la capital bajo un mar de banderas, con el fin de testimoniar su apoyo al General. En ocasión de las siguientes elecciones esa misma mayoría silenciosa le dio a de Gaulle un triunfo espectacular, con lo que quedó en evidencia que los jóvenes revoltosos eran una minoría muy activa e influyente pero minoría al fin.

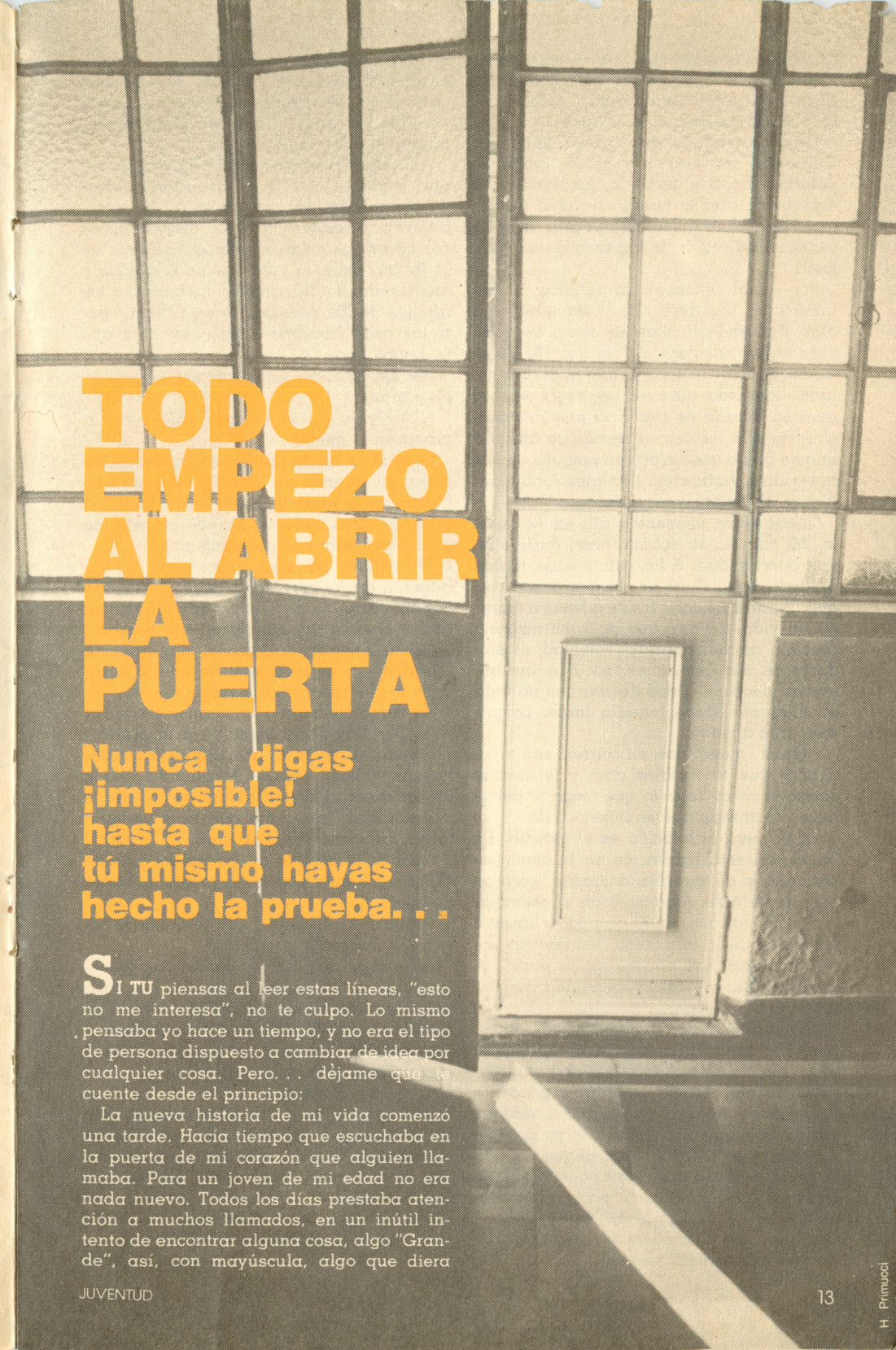
Como saldo de ese trozo de historia queremos poner sobre el tapete una circunstancia y un personaje:

La circunstancia fue que todo ese terremoto social comenzó cuando las autoridades académicas de la Universidad de Paris prohibieron a los jóvenes que fueran a visitar a las señoritas en los dormitorios de los departamentos de estudiantes de Nanterre. Parece que a esos jóvenes les resultó inadmisible que los "viejos caducos" que administraban la Universidad se atrevieran a meterse en cosas tan íntimas y personales como eso de ir a visitar a las chicas y pasar la noche con ellas. Parece que semejante disposición fue la pluma que le rompió el espinazo al camello. Para ellos esa medida era un insoportable atropello a su libertad individual, y como estaban convencidos de que "la libertad es libre" desataron todos los desmanes de que ya hemos hablado.

El personaje al que deseamos referirnos es Daniel Cohn-Bendit, hijo de padres alemanes que se habían radicado en Francia después de huir de la represión nazi, circunstancia que explica su nacimiento en Montauban, en 1945. Por lo tanto, gozaba del privilegio de disponer de doble nacionalidad: francesa y alemana, y se daba el lujo de crear dificultades en los dos países, proclamando en ambos sus particulares conceptos acerca de la libertad, que vamos a sintetizar en la frase que él mismo acuñó y que es la siguiente: "Está prohibido prohibir". En otras palabras, todo está permitido, menos prohibir.

Dijimos que aunque ese movimiento finalmente fue superado, sus consecuencias duran hasta el día de hoy, porque son numerosísimos los jóvenes que piensan que la verdadera libertad es precisamente eso: todo está permitido menos prohibir. Esto nos lleva al corazón de nuestro tema, es a saber, la verdadera libertad.

Un somero repaso de la historia nos lleva a la conclusión ineludible de que la libertad verdadera es un fenómeno bien reciente —no tiene más de doscientos años—, y que si la humanidad sigue la corriente que actualmente está en boga no va a durar mucho más tampoco. Cuando hablamos de esa libertad no nos referimos a la libertad de ir a visitar a las chicas en sus dormito-



TODO EMPEZO AL ABRIR LA PUERTA

Nunca digas ¡imposible! hasta que tú mismo hayas hecho la prueba. . .

SI TU piensas al leer estas líneas, "esto no me interesa", no te culpo. Lo mismo pensaba yo hace un tiempo, y no era el tipo de persona dispuesto a cambiar de idea por cualquier cosa. Pero. . . déjame que te cuente desde el principio:

La nueva historia de mi vida comenzó una tarde. Hacía tiempo que escuchaba en la puerta de mi corazón que alguien llamaba. Para un joven de mi edad no era nada nuevo. Todos los días prestaba atención a muchos llamados, en un inútil intento de encontrar alguna cosa, algo "Grande", así, con mayúscula, algo que diera

H. Primucci

una dimensión fascinante a mi vida. Algunos de esos llamados eran impetuosos, otros seductores, ambiciosos . . . sí, y vacíos. Nada me dejaba, sólo vacío. . .

Pero el llamado de aquella tarde era diferente. Era suave, y sin embargo se notaba varonil y decidido. Alentando una esperanza, abrí la puerta. No sé si decirte que imaginaba quién estaría allí. En efecto, era El. Dios en la persona de su Hijo, Jesús.

Por aquel entonces, la religión no me interesaba. Es decir, no creía que fuera algo trascendente para un joven lleno de vida como yo. Pero allí estaba El, esperando que lo invitara a entrar. Había estado llamando durante un largo tiempo, pero su mirada no traslucía ningún reproche. En ella leí una expresión de amistad que no había encontrado en ninguno de mis anteriores visitantes; llámales Ambición, Placer, Egoísmo, como quieras.

Quedé unos momentos allí en la puerta. Mi corazón se debatía entre darle o no una oportunidad. A los veinte años, ¡había probado tanto! Y al fin, lo que nunca creí que llegaría a hacer: invité a Jesús a entrar en mi vida. Te diré que no hubo ninguna presión, no fue contra mi voluntad, ni producto de mis emociones, no. Fue una auténtica decisión. Debo decirte que mi vida es diferente desde aquella tarde. Lo primero que dije fue:

—Señor, quiero que mi corazón sea tuyo. Quiero que te instales aquí y te sientas como en casa. Todo lo que tengo te pertenece. Permíteme que te muestre todo.

La primera habitación es el estudio. En mi hogar, esta habitación de la mente es pequeña y de paredes delgadas, pero es muy importante. Algo así como el centro de control de la casa. Entró conmigo y observó los libros de la biblioteca, las revistas sobre la mesa, los afiches en la pared. A medida que yo seguía su mirada me iba sintiendo incómodo.

Es extraño, nunca lo había notado antes, pero ahora que El estaba allí, observándolo todo, me sentía turbado. Sus ojos eran demasiado puros como para ver algunos de los libros y revistas que había estado leyendo últimamente. Había allí un montón de basura en literatura con la que un cristiano no debería tener nada que ver. Y en cuanto a los afiches de la pared —las imaginaciones y pensamientos de la mente— algunos eran francamente vergonzosos.

Me dirigí hacia El y le dije:

—Eee. . . Maestro, comprendo que esta habitación necesita algunas alteraciones radicales. ¿Me ayudarás a hacer un poco de limpieza aquí, y a poner cada pensamiento en sujeción a ti?

—Cuenta conmigo —dijo—. En primer lugar, toma todo lo que has estado observando y leyendo que no sea útil, puro, bueno y verdadero, y tíralo afuera. Ahora coloca en los estantes vacíos los libros de la Biblia. Llena tu vida con las Escrituras y medita en ella día y noche. En cuanto a los afiches de las paredes, te será difícil controlar esas imágenes, pero hay algo que podemos hacer.

Me dio entonces un retrato suyo de tamaño gigante.

—Cuélgalo en el centro —dijo—, en la pared de tu mente.

Lo hice, y he descubierto a través de los años que cuando mi atención se centra en Cristo, su pureza y poder hacen huir los pensamientos impuros. De esa manera me ayudó a sujetar mis pensamientos.

Del estudio pasamos al comedor —la habitación de los apetitos y deseos. Yo paso buena parte de mi tiempo allí y hago un gran esfuerzo por satisfacer mis deseos.

—Esta es una habitación muy cómoda —le dije—, y estoy seguro de que te agradará lo que nos vamos a servir.

Se sentó conmigo a la mesa y preguntó:

—¿Qué hay en el menú para la cena?

—Bien —dije yo—, mis platos favoritos: huesos viejos, basura fermentada, vidas ajenas disecadas y ensaladas de críticas.

Estas eran las cosas que más me gustaban: un menú muy mundano.

Cuando la comida fue puesta delante de El, no dijo nada, pero observé que no comía de ella.

—Maestro —le dije—, ¿no te gusta la comida? ¿Cuál es el problema?

—Yo tengo una comida para comer que tú no conoces. Si quieres comida que realmente satisface busca hacer la voluntad de Aquel a quien llamamos "Padre nuestro". No busques tus propios placeres. Busca agradarme. Esta comida te dará satisfacciones —me contestó.

Es increíble, pero allí en la mesa me dio la oportunidad de probar el gusto de la voluntad de Dios. ¡Qué sabor! Cuando pruebas esta comida, encuentras que no hay otra como ella en el mundo.

Del comedor nos dirigimos a la sala de estar. Es una habitación acogedora y confortable. Me gusta mucho. Tiene una estufa

¡VIVA LA LIBERTAD!

Gastón Clouzet

PARECEN distantes ya los días de aquel mes de mayo de 1968 cuando un puñado de jóvenes no sólo sacudió a Francia sino al mundo entero; pero indudablemente sus consecuencias se sienten hasta el día de hoy. Veamos a grandes rasgos lo que pasó.

Pocos años antes, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, había emergido en Francia el General de Gaulle como la única personalidad que podía gobernar el país con posibilidades de éxito. Su objetivo era la grandeza de Francia, y los medios para lograrla eran el respeto de la ley y el orden, unidos al trabajo tesonero. Para conseguirlo hizo votar una nueva constitución hecha a su medida, de manera que el Presidente de la República, figura decorativa hasta entonces, pasó a ser verdaderamente el árbitro de los destinos del país.

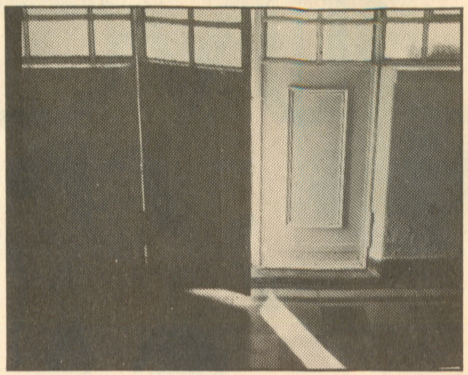
Las cosas marcharon magníficamente bien hasta mayo de 1968. Francia, aunque no llegó a ser nuevamente una potencia de primer orden, logró un nivel de riqueza y bienestar que jamás había conocido. Parecía que se había inaugurado una era de abundancia y progreso aparentemente sin fin.

Pero de repente estalló la bomba, y la Francia tranquila, feliz, rica y hasta soñolienta se despertó de golpe sacudida por un terremoto social de amplitud y consecuencias incalculables. De la noche a la mañana las calles de París y de otras ciudades se vieron invadidas por verdaderas hordas de jóvenes *enragés* (airados) que no sólo cuestionaban la devoción a la ley y al orden del Gene-

juventud

AÑO 47 Nº 10 OCTUBRE DE 1982

PAG. 9



PAG. 13

Guillermo Durán, director

Raúl Escandar, redactor — **M. del Carmen de Aragón,** secretaria

Luis O. Marsón, director de arte — **Hugo O. Primucci,** diagramador

Rolando A. Itin, presidente del Consejo Editorial — **José Tabuenca,** gerente general

3 **¡VIVA LA LIBERTAD!** Gastón Clouzet
Apuntes para reconocer la verdadera libertad.

6 **SOLO EN LA MULTITUD.** Guillermo Durán
La soledad nace y muere en nosotros mismos.

9 **EL CRISTO QUE ME AGRADA RECORDAR.** Juan Carlos Viera
El carácter de Cristo es la imagen que tenemos presente.

13 **TODO EMPEZO AL ABRIR LA PUERTA**
¿Quién puede venir a visitar nuestra "casa"?

Agencias de distribución de JUVENTUD

ARGENTINA. BUENOS AIRES: Valentín Vergara 3346, 1602 Florida. Tel. 761-3647. CORRIENTES: Buenos Aires 1178, 3400 Corrientes. Tel. 24072. PARANA: Córdoba 586, 3100 Paraná, Entre Ríos, Tel. 222995. **BOLIVIA.** LA PAZ: Rosendo Villalobos 1592, Casilla 355. Tels. 35 28 43, 32 72 44. SANTA CRUZ DE LA SIERRA: Colón 709, Cajón Postal 2495. Tels. 3-2200, 3-2201. **CHILE.** ANTOFAGASTA: 14 de Febrero 2784, Casilla 1260. Tel. 24917. SANTIAGO, Sucursal Casa Editora: Santa Elena 1038, Casilla 328. Tel. 2225948. SANTIAGO, Agencia: Porvenir 72, Casilla 2830. Tel. 2225880. TEMUCO: Claro Solar 1170, Casilla 2-D. Tel. 33194. **ECUADOR.** GUAYAQUIL: Calle Tulcán 901, Casilla 1140. Tel. 361-205. **ESPAÑA.** MADRID: Aravaca 8, Madrid 3. Tels. 91/2334238-2348661-2339037. **MEXICO.** MEXICO: Yacatas Nº 398, Apartado Postal 18-813, México 12, D.F. Tel. 687-21-00. **PARAGUAY.** ASUNCION: Kubitschek 899. Tel. 24-181. **PERU.** AREQUIPA: Casilla 1381. Tel. 2-4670. CHICLAYO: Alfonso Ugarte 1499, Casilla 330. Tel. 23-2641. LIMA: Jr. Washington 1807, oficina 502, Casilla 1002. Tels. 23-9012, 23-1361. PUCALLPA: Jr. Tarapacá 101, Casilla 206. Tel. 649. PUNO: Lima 115, Casilla 312. Tel. 199. **URUGUAY.** MONTEVIDEO: Mateo Vidal 3211, Casilla 512. Tel. 58 34 24.

JUVENTUD (Marca Registrada). Editada mensualmente e impresa mediante el sistema offset por la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Redacción, administración y talleres: Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, República Argentina. Tel. 760-0416. Domicilio legal: Uriarte 2435, 1425 Capital Federal.

FRANQUEO A PAGAR Cuenta Nº 199 — TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 590
CORREO ARGENTINO Suc. Florida (B) Y Central (B)
REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 136039 — PRINTED IN ARGENTINA

– 12102 –

a leña, mullidos sillones, un sofá y una atmósfera tranquila, y podremos conversar juntos.

Para un joven cristiano como yo, fue el comienzo de una experiencia interesante. El prometió:

–Estaré aquí temprano cada mañana. Encuéntrate conmigo aquí, y comenzaremos el día juntos.

Así, mañana tras mañana yo bajaba las escaleras hacia la sala de estar, nos sentábamos juntos y conversábamos por un rato. Lo que más me agradaba era cuando El tomaba uno de los libros de la Biblia de la biblioteca y me enseñaba las preciosas lecciones allí contenidas. Mi corazón, endurecido por el egoísmo, la soledad y la amargura, se iba ablandando a medida que El me mostraba que su amor hacia mí era real y personal. Aquellas horas eran maravillosas.

Poco a poco, bajo la presión de muchas responsabilidades, me empezó a faltar tiempo. Nunca supe por qué, pero llegué a pensar que estaba demasiado ocupado como para perder el tiempo con Cristo. No fue algo intencional, tú entiendes. Sólo sé que ocurrió de esa manera. Finalmente, no sólo me empezó a faltar tiempo, sino que empecé a faltar a algunas de nuestras citas diarias. Quizás era por alguna otra exigencia. A veces pasaba dos o más días sin poder asistir.

Recuerdo una mañana cuando bajaba corriendo las escaleras. Me había quedado dormido, y aunque tenía la impresión de que cuando no podía empezar el día con Cristo el tiempo me alcanzaba menos, no podía ponerme a pensar en esto ahora que estaba tan apurado.

Fue entonces cuando lo vi. La puerta de la sala de estar estaba entreabierta, el fuego encendido en la chimenea, y el Maestro estaba allí sentado. Repentinamente me sentí desmayar y pensé: "El es mi invitado, ¡yo lo invité a mi corazón!" El había venido y allí estaba yo sin prestarle atención. Entré con la cabeza baja y le dije:

–Maestro, perdóname. ¿Has estado aquí todas las mañanas?

–Sí –dijo El– te dije que nos encontraríamos aquí todas las mañanas. Recuerda, yo te amo. He pagado un elevado precio por ti. Deseo tu compañía. Necesitas unos momentos de tranquilidad para tu propio bien, pero si eso no te basta, hazlo por todo lo que he hecho por ti.

La certeza de que Cristo deseaba mi compañía, que deseaba que estuviera con El y me esperara cada mañana, hizo más por transformar mis horas de devoción que cualquier otro factor. Haz la prueba. En lugar de dejar a Cristo esperar a solas en la sala de estar de tu corazón, busca un momento tranquilo para compartir su amistad en la lectura de la Biblia y para dirigirte a El con una sencilla plegaria. El día será diferente para ti. ¿Que no hay tiempo? Eso creía yo también. Pero tú no sabes lo que es un día con Cristo hasta que no haces la prueba.

Un día me preguntó si tenía un cuarto de juegos. Yo esperaba que nunca me preguntaría en cuanto a esto. Era cierto, yo tenía algunas amistades, actividades y pasatiempos que quería guardar para mí mismo. Una tarde, cuando estaba saliendo para encontrarme con algunos compañeros, me detuvo con una mirada y me preguntó:

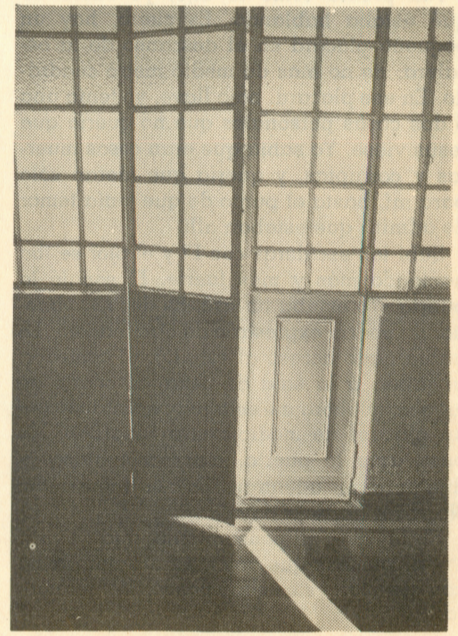
–¿Vas a salir esta tarde?

–Sí– contesté.

–Bien –dijo–, iremos juntos.

–Oh. . . –contesté, más bien torpemente–, yo no pensaba, Señor, que tú quisieras salir conmigo hoy. Salgamos mañana de noche. Hay una reunión en la iglesia, y allí podemos ir juntos. Esta noche tengo otros planes.

–Lo siento –dijo El–, pensé que al venir a tu hogar haríamos todas las cosas juntos y seríamos compañeros. Quiero que sepas que deseo acompañarte.



—Bueno. . . sí. . . —murmuré mientras deslizaba lentamente la puerta—, iremos a algún lado mañana de noche.

Aquella tarde pasé horas miserables. Me sentía infeliz. ¿Qué clase de amigo era yo con Jesús que deliberadamente lo apartaba de mis amistades, haciendo cosas y yendo a lugares que sabía muy bien que El no compartiría nunca?

Cuando regresé aquella noche, había luz en su pieza. Subí lentamente las escaleras para hablar con El.

—Señor —le dije—, he aprendido la lección. No puedo pasar un rato agradable sin ti. De ahora en adelante haremos todas las cosas juntos.

Entonces sonrió. Luego bajó conmigo a la sala de juegos y la transformó. Trajo nuevos amigos a mi vida, nuevas satisfacciones, nuevas alegrías más perdurables. Hay quienes piensan que ser cristiano es vivir una vida opaca, aburrida, como un ermitaño. Yo puedo decirte que desde entonces, la risa, la música y la alegría suenan en cada rincón de la casa.

Una mañana lo encontré esperándome en la puerta. Había una mirada diferente en sus ojos. Me dijo mientras entrábamos:

—Hay un olor peculiar en la casa. Hay algo muerto por aquí. Es en el piso de arriba. Estoy seguro de que viene del placard.

Tan pronto como lo dijo, yo sabía de qué estaba hablando. Es cierto, hay un pequeño placard en el descanso de la escalera, de no más de medio metro cuadrado. En ese placard, bajo llave, yo tenía una o dos cosas personales que no quería que Jesús viese. Yo sabía que eran cosas muertas y corruptas, y quería que fueran sólo para mí, hasta el punto de que tenía temor de admitir que estaban allí.

Subí las escaleras con El y el olor se iba haciendo más y más fuerte. El señaló la puerta. Yo estaba furioso. Es decir. . . bueno, no podría expresarlo de otra manera. Le había dado acceso al estudio, al comedor, al taller, a la sala de estar, al cuarto de juegos, ¡y ahora me estaba preguntando por un placard de medio metro cuadrado! Me puse ante la puerta, crucé mis brazos y dije para mis adentros: "Esto es demasiado. No voy a darte la llave".

El, leyendo mi pensamiento, dijo:

—Si piensas que voy a estar aquí arriba con ese olor, estás equivocado. Me iré afuera.

Azorado, lo vi bajar las escaleras. Mi resistencia se derrumbó. Cuando llegas a conocer y apreciar a Cristo, lo peor que puede pasarte es sentir que su compañía se aleja. Tenía que rendirme.

—¡Espera!. . . ¡Te daré la llave! —dije vencido—, pero tu tendrás que abrir el placard y limpiarlo. Yo no tengo fuerzas para hacerlo.

—Sólo necesito la llave —dijo—. Autorízame a hacerme cargo del placard y deja todo por mi cuenta.

Con mano temblorosa le alcancé la llave. La tomó, caminó hacia la puerta, la abrió, entró, tomó todas esas cosas que se estaban pudriendo allí y las arrojó fuera.

Entonces limpió el placard y lo pintó. Sólo le tomó un momento hacerlo. Pero me será difícil explicarte la victoria, el alivio y la liberación que sentí al ver que esas cosas muertas —mis propios hábitos y costumbres incorrectas—, ya no estaban más en mi vida. Hasta que no lo vi, nunca creí que alguna vez pudiera haberme visto libre de todo eso.

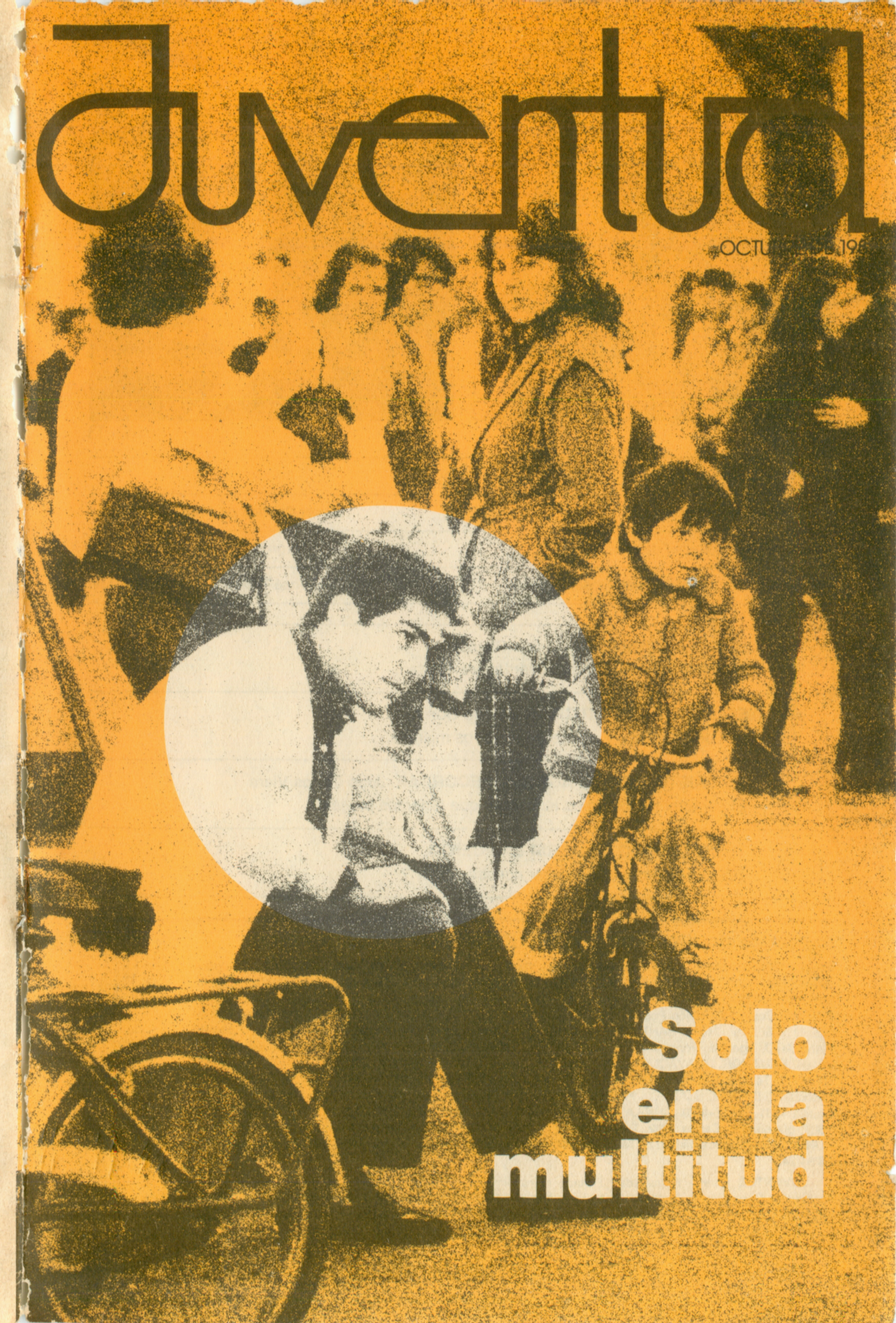
Un pensamiento vino a mi mente:

—Señor, ¿hay alguna posibilidad de que tú te hagas cargo de toda la casa y de administrarla por mí de la manera que hiciste con el placard? ¿Puedes tomar la responsabilidad de cuidar de mi vida y hacer de ella lo que debe ser?

Su rostro resplandeció al contestarme:

—Es lo que estaba esperando que dijeras. ¿Sabes?, tú no puedes ser fuerte y victorioso por tu propia fuerza. Necesitas ayuda. Yo podría hacerlo por ti y a través de ti. Es el único camino, pero . . . —agregó lentamente—, yo soy sólo un invitado. No tengo autoridad para actuar, porque la propiedad no es mía.

Entendí. Corrí hasta la caja fuerte, tomé el título de propiedad de la casa, que describía sus características y deudas. Ansiosamente firmé la transferencia de la propiedad únicamente a El, por toda la eternidad. Cayendo de rodillas, dije:

—Aquí está. Aquí está todo, todo lo que soy y tengo, para siempre. Señor, tú has sido el invitado y yo el anfitrión —un mal anfitrión. De ahora en adelante estoy dispuesto a servirte. Tú serás el Señor.

Alguna vez yo también dije: "Esto no me interesa". Si tú me preguntaras ahora, ya adivinas lo que podría decirte. Créeme, las cosas son diferentes desde aquel día en que abrí la puerta. ○